

REPUBLICA DE CHILE
CENTRAL NACIONAL DE INFORMACIONES

SECRETO

EJEMPLAR N° 576 / HOJA N° 1 /
C.N.I. (S) "B-1" N° 210.092 /

S.D.

OBJ.: Remite antecedentes.

REF.: En la Central Nacional de Informaciones.

SANTIAGO, - 9 ENE 1985

DEL : DIRECTOR NACIONAL DE INFORMACIONES

AL : VICE MINISTRO DE RELACIONES EXTERIORES

Adjunto se remite a US., Memorándum con antecedentes para su conocimiento.

Saluda a US.,



HUMBERTO GORDON RUBIO
Mayor General
Director Nacional de Informaciones

DISTRIBUCION :

1. MIN.INT.
2. MIN.SALUD
3. M.S.G.G.
4. M.S.G.P.
5. VICE MIN.RR.EE.
6. C.N.I. /

VICEMIN.
N° 06185

CONOCIMIENTO
 CUMPLIMIENTO
 INFORMAR A
 ANALIZAR
 PROPONER

	DIA	MES	AÑO
ENTRADA	09	ENE.	1985
TRAMITE			
SALIDA	10	ENE.	1985

MINISTERIO DE RELACIONES EXTERIORES
Asesoría Asuntos Especiales Dimulti A E.
N° 034

	DIA	MES	AÑO
ENTRADA	01	ENE.	1985
TRAMITE	m Calderon		
SALIDA			

Vice-Ministro
A. J. J.

M E M O R A N D U M

OBJETO : Informa artículo que publicará la revista del Colegio Médico A.G. en su número correspondiente a Diciembre.

MATERIA :

- A.- El Colegio Médico de Chile A.G. publicará en su revista mensual correspondiente a la edición de Diciembre de 1984, un artículo (cuento) con un fondo político, dirigido a los niños :
- El artículo está escrito en fábula donde se enseña a los niños que el empleo de la fuerza puede ser vencida con inteligencia y cultura.
 - Demuestra, asimismo, que las personas deben razonar y no aceptar una situación tal como se les presente.
 - Este cuento infantil, pretende despertar en el subconsciente del niño, la idea de no aceptar el ordenamiento que debe existir en todo régimen de gobierno establecido.
 - De toda la fábula se desprende una enseñanza y, en este caso, ella es que, por muy débil que se sea, siempre existe la posibilidad de oponerse a quienes son más fuertes.
- B.- Por lo anteriormente expuesto, no se estima aconsejable la publicación y distribución del cuento referido, ya que significaría fomentar el espíritu crítico, en los niños, despertando así en ellos un aumento de la condición innata a la rebeldía que poseen. Por lo demás, es bastante extraño que un órgano de publicidad dedicado a los profesionales de la medicina, dedique artículos a los niños.
- Además, queda en evidencia la infracción a las normas de censura de prensa, de acuerdo al Estado de Sitio vigente.
- ANEXO N° 1 : Fotocopia de la tira de prueba de la fábula que publicará la revista del Colegio Médico.

- 9 ENE 1985

SANTIAGO,

Había una vez un conejito que era muy feliz. El perfume de las flores, los atardeceres luminosos y las melodías románticas le producía emociones turbadoras y misteriosas. Esta recién comenzando nuestra era y recorría siempre, como un ejercicio antes de dormir, las siete colinas de Roma.

Cuniculus —así se llamaba— era íntimo amigo del lobito Lupus, ex-feroz, a quien había hecho cambiar sus costumbres carnívoras y así hacía ya casi tres años que Lupus había dejado de perseguir gallinas, ovejas y chanchitos, para cultivar junto a Cuniculus tiernas y jugosas zanahorias que compartían fraternalmente.

El lobito admiraba al conejito por su inteligencia, por su sensibilidad y su cultura, cultura que él estaba lejos de poseer. Porque dicho sea de paso, el lobito no sabía leer, no hablaba latín y contaba sólo hasta tres. Su vida aventurera, de rapiña y esteparía le había impedido asistir a la Academia como otros animales más refinados y de otra posición social como el conejito, el castor, el zorro, el visón y el león que recién se había hecho nombrar rey de la selva, título que él no le reconocía, pero que dada su posición tenía que acatar. Todas sus aspiraciones se veían coartadas por su analfabetismo que intentaba superar ayudado por su amigo.

—Tienes que luchar contra la ignorancia y aprender a leer. Sólo así podrás alcanzar a ver lo que tus ojos no te puedan mostrar —le decía el conejito mientras contemplaban el anfiteatro Flavio, más conocido por el vulgo como el coliseo. No hay nada más triste que ignorar cuándo y cómo hacen su nido las aves, cómo y por qué corre el agua de los ríos que van al mar, cuando vienen a la vida y de qué modo los otros lobitos. Lo miró esperando su reacción. Sabía que no hay nada que despierte más interés que el origen de cada uno. Se llega así a una comprensión totalizadora de las cosas. A entender que hay un orden en el todo, un propósito en el universo. Que nada que no sea natural puede llegar a la madurez si antes no ha sufrido todo el proceso. No hay improvisaciones ni voces de mando que valgan. Nada en el mundo se hace por saltos, todo lleva su ritmo y su medida, su peso y contrapeso, su menos y su más...

—¿Y todo eso se adquiere con la lectura? —farfulló ansiosamente el lobito. Se sentía encandilado cada vez que el conejito le mostraba el mundo.

—No. La lectura te da los antecedentes. Tú tienes que aprender a observar, a distinguir los matices, a deducir... Eso se puede hacer todas las veces que quieras, como un ejercicio, cada vez que salgas a caminar...

—Yo que he recorrido tanto —dijo Lupus rascándose una oreja—, nunca imaginé que caminar fuera algo tan apasionante.

—Sólo hay que habituarse siempre a caminar lleno de sueños y pensamientos. Esto último lo dijo sin petulancia, con intención. Porque el conejito practicaba la pedagogía de la alusión, única pedagogía delicada y profunda.

De pronto un rugido estremeció el aire propagándose a través del Foro Romano y el Capitolio a la otras colinas. El lobito que tenía temores ancestrales a los ruidos nocturnos desde que su madre los había abandonado por Rómulo y Remo, se puso a temblar ocultándose detrás del conejo mirando espantado por entre sus orejas. Se abrió la puerta del coliseo y apareció, desliziándose suave y despectivamente hacia la vía dei Fori Imperiali, el león Leo, rey de la selva, que trabajaba para el emperador y por eso podía darse el lujo del rugido y el desdén al mismo tiempo.

Leo sintió sobre su piel los ojos fijos de Cuniculus. Habían sido compañeros en la Academia en la época de los ideales de juventud. Pero los tiempos habían cambiado y estaban muy difíciles ahora y Leo se preguntaba si por su rango recién adquirido debía saludar a Cuniculus o fingir que no lo había visto.

—Ave Leo. Saludo el conejo, cortando sus cavilaciones.

—Ave Cuniculus. Respondió con un tono que suponía debía tener un noble.

—¿Quo vadis?

—Eo domum. Contestó el león fingiendo prisa.

—Gaudeo te valere. Dijo, sonriendo sinceramente el conejito.

—¿Qué es lo que le estás diciendo? Preguntó el lobo desde atrás.

—Ah, perdona lobito. Se disculpó por su olvido. Nos saludamos y Leo me ha dicho que regresa a su casa y yo le he dicho que me alegro que esté bien. En seguida dirigiéndose al león agregó: Leo, te presento a mi amigo Lupus, que no habla latín. Así que tendremos que hablar todos el mismo idioma.

—¿Lupus? —miró con desconfianza al lobito. ¿Lupus Ferus? ¿Lupus Improbus?

—No, Lupus solamente. Ya no es feroz mi malvado —el conejo sonrió.

—Pero este Lupus es un violentista reconocidamente peligroso —insistió el león. Los violentistas no se arrepienten nunca.

—Es mi amigo y le estoy enseñando a leer.

—Más peligroso se ponen si más encima los educas. Acuérdate que yo trabajo para el emperador —le susurró tomándole la oreja con las dos patas para que sólo él lo escuchara. Ego et tu amici sumus.

—¿Qué dice? —volvió a preguntar el lobito.

—Nada importante. Dice que él y yo somos amigos —omitió discretamente el resto. Y dime Leo, ¿en qué trabajas para el emperador?

Leo hizo un gesto de complacencia y alargando sus uñas le sacó brillo contra los pelos de su pecho.

—Soy la estrella del coliseo. Deslumbro a las multitudes que vienen de las regiones más ignotas a verme, a disfrutar de la magnificencia del espectáculo, del refinamiento con que manejo todas mis destrezas.

—¿Pero, qué es lo que haces exactamente? —preguntó el conejito intrigado.

—Destrozo cuatro cinco cristianos cada vez que hay función. Y tengo que hacerlo cuidadosa y lentamente, de tal

modo que todos vean los detalles: la sangre, las carnes palpitantes, las vísceras desgarradas cuando están vivos todavía. La chusma disfruta siempre con los espectáculos violentos...

El conejito y el lobito se abrazaron atónitos, sin poder articular palabra. El lobito en su época feroz había matado animales, pero lo había hecho para alimentarse, para sobrevivir, pero nunca como diversión.

—Estoy perplejo, Leo —tartamudeó el conejo. Cuando cometes esos... trabajos... ¿no sientes ningún asomo de caridad?

—La caridad es un signo de debilidad... y la debilidad se contrapone con el honor —el león levantó su nariz para hacer más expresivo su perfil. ¡Me debo a mi público!

—La caridad, Leo, es una virtud —replicó el conejito más repuesto. Y la virtud y el honor van siempre juntos.

—Las cosas han cambiado mucho, Cuniculus. Tienes que aprender que la virtud depende de nuestras propias acciones y el honor depende de las opiniones ajenas... Todos tenemos que vivir y el emperador y sus patricios son dadivosos con quienes les sirven bien. Tengo un auriga para uso personal, treinta drenarios per cápita triturada y guardia privada que me protege de los admiradores.

—¿Y no te remuerde la conciencia tener que matar a todos esos cristianos? —se atrevió a preguntar el lobito.

—No —contestó el león con altivez. No, porque esos cristianos han tratado por todos los medios de infiltrar y propagar sus consignas por todo el imperio... Además, nadie le haría caso a grupúsculos que adoran a un solo dios... y todavía a un dios que murió torturado en la cruz... un dios rarísimo que está en todo, aun donde no está... ¿Quién los va a escuchar?

—¡Murió por sus semejantes! ¿Nunca has sentido que hay un orden en todo, un propósito en el universo? —gritó el lobito sin contenerse, convencido de sus ideas recién aprendidas.

—Fuera de esas estupideces, dame cuatro razones para creer en ese Cristo redentor —interrogó el león a Lupus.

—¡Te puedo dar tres! —exclamó el lobito enojado consigo mismo porque sólo podía contar hasta tres. Pero la más importante es que Cristo dijo: "no matarás".

El león sintió un estremecimiento. No estaba acostumbrado a que le hablaran de ese modo. Además, percibía la mirada reprobadora del conejo.

—Bueno... yo sigo órdenes. No puedo hacer nada.

—¿Y dónde está tu libertad? —preguntó el conejo.

—Parere imperator libertas est —murmuró el león.

—¿Qué dice, conejito? —el lobito suplicó con la mirada una traducción fastidiado de su propia ignorancia.

—Dice: "obedecer al emperador es libertad" —el conejito movió la cabeza pensativo. Dime, Leo... ¿nunca te has preguntado por qué el emperador ni los patricios salen personalmente a la arena a despedazar a los cristianos y se los dejan a ustedes, los leones?

—No. Ni idea —el león sacudió al aire su augusta melena.

—Porque están pensando en su propio futuro. Si las cosas cambian...

—¡Pero las cosas no cambiarán! —rugió el león. El poder del emperador es invencible... Además, nunca el público ha protestado. Todo lo contrario. Cada vez que faenamos a un cristiano guardan absoluto silencio.

—¿Y nunca has sentido que el silencio te mira fijamente? —inquirió el lobito con desprecio.

El león pareció rumiar alguna amargura concreta y autobiográfica. Pero se repuso en el acto y dijo:

—No. Y no me confundan. Yo cumplo con mi deber... Estoy siempre muy ocupado para cuestiones emocionales. En síntesis, ¡yo tengo la razón! y no me discutan. Yo soy el rey de la selva. Le debo lealtad al emperador y al imperio...

—Pero Leo. —dijo calmadamente el conejito que sabía que cada vez que se terminaban los argumentos, comenzaban los gritos. Estás como esos tiranos apurados que siempre tienen la razón. Que han llegado a la síntesis por falta de tiempo para el análisis. Tienes que comprender lo que significa la responsabilidad histórica. ¿No has pensado nunca que los cristianos podrían llegar al poder?

—¿Los cristianos al poder? Tú estás loco. Hay que estar loco para pensar en algo así.

—¡El conejito no está loco! —reclamó furioso el lobito. ¡Ustedes sí que lo están!

—No te enojos, lobito. Quien quiera enseñar una verdad, no debe enfurecerse, tiene que situar al otro de modo que la descubra solo...

—¿Cómo voy a descubrir una verdad tan absurda? —volvió a rugir el león, ahora rojo de ira.

—¿Absurda? El color rojo de tu cara es muy decidor —sonrió el conejo.

El color es el esfuerzo de la materia por convertirse en luz, como decía Aristóteles. La luz, el supremo conocimiento... Amigo Leo, si los cristianos llegan al poder, lo que es posible porque hay rumores que pronto se entenderán con Constantino el Grande...

El león dio un salto. Su cara ahora estaba de un color blanco nacarado. El conejito continuó calmadamente:

—...En ese mismo momento todos los patricios que ahora ocupan los puestos más destacados en el coliseo, dirán: "nosotros no fuimos. Nunca destripamos ni matamos a nadie. Fueron los leones..."

—¡Vade retro, Cuniculus! —exclamó débilmente el león y dando media vuelta se alejó arrastrando la cola como un grillete.

El conejito puso la mano en el hombro del lobito y comenzaron a caminar en la dirección opuesta, sintiendo que en el silencio de la noche sus almas se entreabrían al soplo de la vida...

Después de un momento, a lo lejos se escuchó la voz del conejito que, con toda claridad, se propagaba en un eco a través de las siete colinas de Roma:

—Quidam vident lumen, sed non sunt in lumine...(1)

(1) Para los que tengan los mismos problemas del lobito significa: "Algunos ven la luz, pero no están en la luz".